

A Otto Raúl González *in memoriam*

DANIEL OLIVARES VINIEGRA

Ciudad de Guatemala, 1 de enero de 1921;

Ciudad de México, 23 de junio de 2007

Calla el quetzal. Regresa al cálido nido del que un día por acaso surgió. Pero su voz, la magia e inagotable belleza maravillosamente concitadas seguirán inspirando a su pueblo, a los suyos, a quienes lo conocieron e incluso a los que mañana sus ecos aún perciban...

Otto Raúl, maestro y amigo:

A destiempo, por azares del destino, me entero de tu partida. Es una lástima. Me hubiera gustado, como muchas veces, y en momentos especiales, darte un afectuoso abrazo, y confiar en que nuestro próximo reencuentro se daría, más temprano que tarde, en la próxima presentación de tu nuevo libro, en uno más de los continuos homenajes que ya tan merecidamente se te tributaban o en alguna que otra amena charla o conferencia, si no es que en la perenne celebración de la existencia y de las pequeñas alegrías de la vida, actividad por ti tan pregonada y practicada. Ello lo mismo en tu entrañable y casi mítica casa (soportada más que por pétreos muros por ese medio centenar de libros que con amor, tenacidad, sensibilidad e intelectual entrega forjaste, y los miles y miles de tomos de los que así también te nutriste y te conformaron), acompañado allí por todos tus tan queridos familiares y amigos, cuando no en la intimidad de cualquier triste cantina, ya ambos olímpicamente solos o bien departiendo sinsabores, pareceres, gestos, guiños y complicidades con otros vibrantes camaradas.

Pero dispusiste partir así, discreto y galante, tal y como plenamente correspondía a tu inherente donosura, y qué le vamos a hacer, sino respetar esa fortuita e irreversible circunstancia. Daré, pues, el abrazo que corresponde, ya real o simbólico, a todos los que te quieren y a todos los que desde hoy comenzaremos a añorarte, cada vez más, día con día.

Te extrañarán también tus más entrañables amores: tus hijos, Haydée, tus nietos, México, Guatemala, y la poesía social del Continente entero, pero un “geranio” rojo en tu ventana, y tus “diez colores nuevos” con los que supiste dar luz a nuestro universo compartido, se encargarán de recordarnos que “tu voz y tu voto” estuvieron siempre, siguen estando y estarán también mañana con los más humildes, o que “el anadrio es el color de la alegría y de la buena suerte” o que se puede “oír con los ojos” si guardamos muy bien las “orejas en reposo”...

Salve, pues, Señor de las Lámparas Celestes, quien con su “cuchillo de caza” no dejará que los gorilas duerman tranquilamente su siesta. O mejor hemos de decir: ¡Salud, y hasta siempre, poeta! Que un “viento claro” te acompañe en ése tu eterno tránsito desde el cual nos seguirás guiando y alegrando con tu luz. Que lunidias, amurfias, fulgorias, glamurias, divinias, silvinas, caudalias y trinildias alegren tus ojos cada mañana; que dance también tu corazón nerudiano y vallejano perpetuamente en medio de amorosas doncellas, y que por las tardes encuentres merecido reposo, tomando un tequila frente al espejo tranquilo de Xelajú.

Sólo unas palabras más, merecen cerrar esta misiva; unas que resuman todo nuestro cariño por ti y por lo que desinteresadamente siempre nos prodigaste: Gracias. Te queremos todos. 🍷